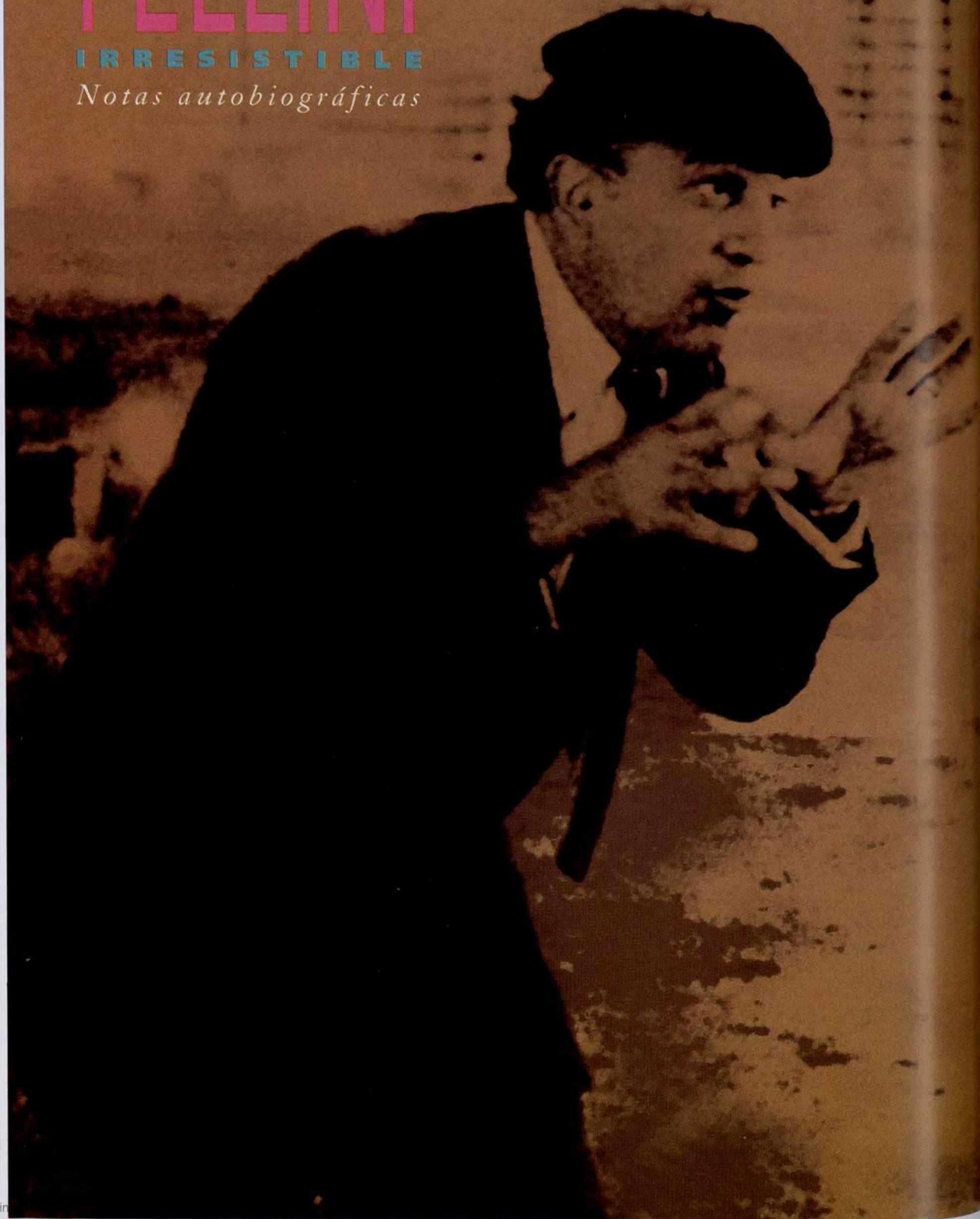


FELLINI

IRRESISTIBLE

Notas autobiográficas



Soy un mentiroso, pero sincero



Escena de *Roma*, 1972

Me reprochan no contar siempre de la misma manera la misma historia. Pero esto sucede porque me invento desde el principio toda la historia, y encuentro que repetirme es aburrido para mí y poco amable para los demás.

Leo preferentemente historietas gráficas, actas de procesos, libros de historia, ensayos, a veces poemas, rara vez novelas.

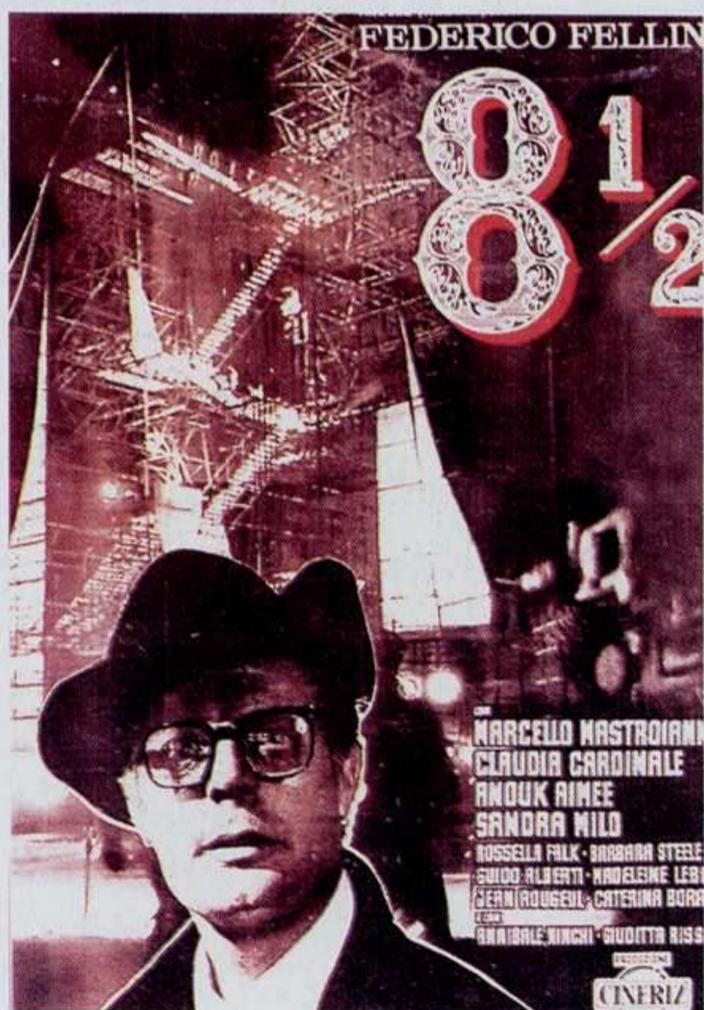
No voy casi nunca al cine. A veces entro en uno, veo un trozo de película y luego me salgo. No oigo jamás la radio. Ni miro nunca la televisión. No he visto en toda mi vida un partido de fútbol. No me gustan las recepciones. No me gusta la conversación.

Sólo me aburro cuando me veo obligado a estar con gente a la que no conozco, intercambiando palabras inútiles.

Nunca puedo estar tranquilo. Tengo que desplazarme continuamente. Me gusta ir en automóvil. Así es como veo frecuentemente a mis amigos: circulamos juntos por la ciudad. Me gusta ver aparecer y desaparecer las imágenes por la ventanilla mientras hablo.

Salgo todas las mañanas de mi casa a las ocho. Cuando no trabajo, me gusta vagar por Roma todo el día.

No soy ambicioso. No todo el mundo comparte esta unión conmigo, pero afirmo que soy tímido. Siempre me asombra que pueda ser director. Antes me sentía incapaz de imponerme, de dirigir a los otros y a mí mismo. No he elegido ser cineasta; es el cine quien me ha elegido.



Cartel de Fellini, *Ocho y medio*, 1963



Escena de *Julietta de los espíritus*, 1965

Nunca hago juicios morales, no estoy capacitado para ello; no soy censor, ni cura, ni político. No me gusta analizarme; no soy orador, ni filósofo, ni teórico. Sólo soy un narrador y el cine mi oficio.

Me he inventado todo para luego poder contarlo: una infancia, una personalidad, nostalgias, sueños, recuerdos...

Me gusta el movimiento a mi alrededor. Esto es sin duda la principal razón por la que hago películas. El cine es para mí un pretexto para poner todo en marcha. Hace algunos años creé una productora. Debía producir películas de gente joven, de desconocidos. Un año después quebró, pero ese año me divertí muchísimo. Me encantaba el lugar, el ambiente que había allí: mitad club inglés, mitad convento.

Hace tiempo quise hacer una película que había sido escrita por el director de un manicomio italiano. Viví tres meses en su clínica, disfrazado de médico. Cuando salí de allí, no podía hacer la película. Sentí el peligro. Es muy difícil permanecer de este lado de la frontera, cuando uno se ha acercado a ella...

Atraigo irresistiblemente a los locos. Así es. Me los encuentro en todas partes. Sienten en seguida una gran simpatía por mí. Y debo decir que en general me ocurre lo mismo. Pero si ésta dura un poco, el instinto de conservación se rehace y comienzo inconscientemente a defenderme... Entonces ocurre el drama: soy detestado, odiado... Los médicos de las clínicas para enfermos mentales me acosan frecuentemente: «Venga con nosotros; si viene, délo por seguro: ¡nunca más nos abandonará!»

Cuando introduzco en mis películas personajes un poco extraños, la gente dice que exagero, que hago *Fellinadas*. Al contrario, en relación con lo que me ocurre todos los días, tengo la sensación de atenuar, de moderar singularmente la realidad.

Lo que me interesa de los locos es su desapego de todo vínculo, esa distancia que hay entre las cosas y ellos mismos.

No quiero demostrar nada, quiero mostrar. Creo que no podría vivir sin hacer cine. Si admitimos que es bueno sentir remordimientos —cosa que no creo en absoluto—, siento no haber rodado más pelícu-

las. Quisiera haber hecho de todo: documentales, anuncios publicitarios, emisiones infantiles, espectáculos de guiñol en los jardines públicos...

No sé mirar las cosas con distanciamiento, a través de la cámara por ejemplo. Nunca pongo el ojo en la cámara. No me importa nada el objetivo. Tengo que estar en medio de las cosas. Necesito saber todo de todo el mundo, hacer el amor con todo lo que me rodea. No me gusta ser un turista; no sé serlo. Soy más bien un vagabundo, lleno de curiosidad, que entra en todas partes y corre continuamente el riesgo de ser echado por la policía.

Me gustan las casas en construcción, los barrios en demolición, las personas que llegan tarde a las citas. Lo provisional es mi condición favorita. Me gusta la sensación de ser un mirón en el interior de mi propia vida.

Todo lo que hago, siempre lo hago como si estuviese bajo la amenaza de una catástrofe, como si un terremoto fuese a ocurrir acto seguido. Es una sensación estimulante. De niño, no podía controlarme cuando se acercaba una tormenta.

Cada vez que hago algo tengo la impresión de correr al borde de un abismo, me parece que me voy a romper el cuello.

Nada es más triste que la risa; nada más hermoso, magnífico, estimulante, y enriquecedor que el terror de la desesperación profunda. Creo que cada hombre, mientras vive, es prisionero de este miedo terrible, en el cual toda prosperidad está condenada a fracasar, pero que guarda, incluso en su abismo más profundo, esa libertad esperanzadora que le permite sonreír en situaciones aparentemente desesperadas. Por eso la intención de los auténticos escritores de comedia —es decir, los más profundos y honestos— no es de ningún modo divertirnos únicamente, sino abrir desgarradoramente nuestras cicatrices más dolorosas para que las sintamos con más fuerza. Esto se puede aplicar a Shakespeare y a Molière tanto como a Terencio y a Aristófanes. Por otro lado, no existe un verdadero poeta trágico —estoy pensando en Eurípides, Goethe, Dante— que no sepa cómo mantener sus sufrimientos más terribles a una cierta distancia irónica.



Escena de *Satiricón*, 1969



Escena de *Il Casanova*, 1976



Escena de *Y la nave va*, 1983